

Recesión del sentido ¿qué es lo próximo?

por Marcelo López Dinardi

Ciclo de conferencias del 2009-2010 en ArqPoli

Nos acercamos al final de la primera década del siglo XXI y pareciera que la arquitectura ha tratado de lograr lo que no hizo en la última década del siglo XX: *¡lo que sea!* La disciplina, la práctica y su enseñanza piden un respiro dentro del mar de incertidumbres del pasado entrópico que las ahoga en pleno cambio de siglo. La confusión resultante tiene cuerpo de pregunta: ¿A qué se dedican los arquitectos hoy? ¿Qué les preocupa? ¿Cuáles son los compromisos y el sentido de la arquitectura que producen? ¿Habrá llegado la hora de desplazar la arquitectura como edificación presentista por la arquitectura como evento sin forma?

El arquitecto hoy sigue haciendo arquitectura -en mayúscula o minúscula como se prefiera- pero si bien al final del siglo pasado el *everything goes* posmoderno reventó una burbuja de proyectos inimaginables sólo quince o veinte años atrás, hoy nada parece sorprendernos lo suficiente. La sucesión de proyectos que sugieren haber sido engendrados en el mismo vientre no es más que una muestra de la inercia que rige tantas prácticas contemporáneas que sólo replican o emulan imágenes nacidas de un imaginario incierto, aunque compartido, sin dejar lugar para el reconocimiento de posibles e imposergables rupturas.

Si en el Renacimiento la invención de la perspectiva conmocionó el sentido y la representación de la arquitectura, hoy en día su andamiaje mediático de "visualización" ha reemplazado a la obra como fin, privilegiando la autonomía de su lectura efímera. Nos deja así la arquitectura contemporánea un repertorio de realidades virtuales asociadas más al mundo de la cinematografía escapista *hollywoodense* que al de una práctica cultural, lo cual supone un universo de *espectacularidad* desfasado de las vicisitudes del momento histórico.

Las duras realidades generadas por la crisis financiera, la alarma constante por el medio ambiente, los insuperables conflictos entre naciones, la insuficiente justicia social, el quiebre de la economía neoliberal, la superpoblación de las ciudades, entre otros temas, marcan una época de cobertura mediática que arroja luz a la vez que cuestiona la relevancia de las fantasías que se trafican en los medios de divulgación de la disciplina. Sin duda, el imaginario de intenciones, referentes y desafectos que dio dirección al gremio ha entrado en crisis por su repentina falta de pertinencia. Se vuelve inevitable, frente a este desmantelamiento de certezas, discutir las nuevas rutas de la arquitectura al adentrarnos en un nuevo siglo.

Tal y como ha ocurrido con otras disciplinas sujetas a los vaivenes del mercado y el capital, la recesión, o depresión económica mundial, ha trascocado la manera como conceptualizamos los proyectos y ello apunta hacia un cambio radical de dirección, digno de ser incluido en los anales de la historia de la arquitectura. La arquitectura nunca ha estado, ni evidencia estar, marginada de las ideologías que suscitan los motores económicos, pero son estos los que hoy han desistido de promoverla. Conviene, entonces, abordar los nuevos giros macroeconómicos desde una perspectiva más crítica y menos oportunista, aprovechando esta inusitada falta de interés.

Hace décadas se anunció el fin de la historia y ya varios han sellado el fin del capitalismo como lo conocemos hoy día. En palabras del escritor chileno Jorge Edwards, "Fracasó el capitalismo de casino, de aventura, de especulación desenfrenada, y estamos enfrentados a la tarea no menor de refundar un capitalismo más razonable y más humano. Ninguna persona seria, que yo sepa, ha pensado que la solución consista en volver a los socialismos reales del siglo pasado". Por lo tanto, si las sociedades contemporáneas se encuentran en la búsqueda de nuevos paradigmas que oscilan entre una economía liberal no autorregulada y un modelo de justicia social post-socialista, la arquitectura no puede seguir refugiada en su nirvana tecnológico como panacea a los males que encara el siglo XXI.

Encontrar las múltiples relevancias que puede tener nuestra disciplina va más allá de innovar sus mecanismos de producción o de sólo alimentar el espectro visual y formal que la encandila. Es a través de la consciente y sensata problematización del encargo y de la implementación de mecanismos de ejecución y gestión propios del lugar, donde la arquitectura ha obtenido -en épocas recientes- mejores resultados. La concepción y el reconocimiento del espacio público como lugar dinámico e inclusivo, la reconsideración de estructuras existentes versus el proyecto siempre nuevo, la exploración informada de la materia, la reconciliación con nuestro entorno social y natural, la inserción de la crítica versus la mera divulgación de las obras en publicaciones (a pesar de la moda acrítica de desistir de la crítica), la necesidad de espacios de oportunidad para nuevos pensadores, la propuesta diversificación de la disciplina y la reconsideración de los modelos de vivienda como parte vital de la ciudad, son algunos de los temas que parecen reclamar relevancia en la reformulación del producto de la arquitectura en sus prácticas contemporáneas. Las

**Conferenciantes
invitados:/ Invited
lecturers:**

Arquitectura 911 - José Castillo
Culdesac - Xavi Sempere
Ecosistema Urbano - José Luis Vallejo
Giancarlo Mazzanti
Carmina Sánchez
SMAQ - Sabine Müller
SUPERFRONT - Mitch McEwen

**SENSE
RECESSION
WHAT COMES
NEXT?**
LECTURE SERIES 2009/2010 ARQPOLI

oportunidades de inclusión y apertura que ofrecen estas múltiples realidades que hoy condicionan al proyecto, y que trascienden los referentes polarizados entre lo local y lo global como mal heredado del siglo pasado, apuntan a modelos híbridos y experimentos dispuestos al riesgo.

Los debates en torno a la enseñanza y su relación con la práctica deben reevaluar la pertinencia de la obra arquitectónica, tanto la impresa en papel, con letras o dibujos, como la construida con materiales más o menos permanentes. Fuera de objeciones deberíamos dejar las ansiedades e impulsos que nos ligan al arte y al pensamiento especulativo, que, sin tomarlos por instrumentos de redención, aseguran el desarrollo de la disciplina junto a los vestigios de una tradición humanista que no deja de ser instrumental para la enseñanza y la producción de aquello que seguiremos llamando arquitectura en los años venideros del siglo que recién comienza. ■■■■■

Sense Recession: What Comes Next?

We are reaching the end of the 21st century's first decade and it would seem that architecture has been trying to achieve what it could not in the last decade of the 20th: anything at all. The discipline, the practice, and its pedagogy struggle to breathe within a sea of uncertainties fed by an entropic past that threatens to drown them at the turn of the century. The resulting confusion could be embodied in a series of questions: What are architects doing today? What do they worry about? What are their commitments, and what is the sense of their architectural production? Has architecture as *building* been displaced by architecture as *event*?

Architects are still doing architecture -in capital or lowercase letters, whatever is preferred- but even the postmodern "everything goes" attitude that burst a bubble of projects unimaginable just fifteen or twenty years ago has lost today its capacity to surprise the public. The incessant repetition of architectural projects that seem to have been conceived in the same womb is just further proof of the inertia that guides many of today's architectural practices, which simply replicate or emulate images born from an uncertain -although shared- imaginary, with little space for the acknowledgement of possible (and unavoidable) shifts.

Much like the invention of perspective dramatically changed architectural meaning and representation during the Renaissance, today's mediated infrastructure of visualization has replaced architectural work as an end in itself, promoting instead the autonomy of its ephemeral reading. Contemporary architecture has left us, then, with a repertory of virtual realities that are closer in nature to Hollywood's cinematography of escapism than to the particularities of a cultural practice, which presupposes a universe of spectacle out of phase with the vicissitudes of its historical moment.

The hard realities derived from the financial crisis, the permanent state of environmental emergency, the insurmountable conflicts between nations, the insufficiencies of social justice, the breakdown of the neoliberal economic model, the overpopulation of cities, among others subjects, mark an epoch of media coverage that highlights, as it also questions, the relevance of the traffic of fantastic images within the discipline. Without a doubt, the current *imaginary* of intentions, references and abjections that once nourished the practice is approaching a state of crisis due to its sudden lack of pertinence. In this context of uncertainty, it behooves us to discuss architecture's future venues and agendas as the new century progresses.

As has occurred in many other disciplines that are subject to the ups and downs of markets and capital, the worldwide economic recession or depression has altered the way we think about the architectural project, in what could become a radical change of direction that may be significant enough to be included in the annals of architectural history. Architecture has never been -nor does it appear to be- marginalized from the ideologies that feed the world's financial engines, yet these ideologies have now desisted from promoting architecture. It is important to approach, consequently, the new macroeconomic shifts from a more critical and less opportunistic perspective, taking advantage of this sudden lack of interest.

The end of history was announced decades ago, and some have already put an end to capitalism as we know it. In Chilean writer Jorge Edwards' own words: "Casino capitalism, venturesome and full of frantic speculation, has failed, and now we're faced with the no less important task of re-founding a more reasonable and human capitalism. No serious person, as far as I

know, has ever thought that the answer may lie in going back to the past century's real socialism." Therefore, if contemporary societies are looking for new paradigms that range from a non-self-regulating neoliberal economy to a post-socialist model of social justice, architecture cannot afford to prolong its alienating stance of defending technological nirvana as the panacea for the evils faced during the 21st century.

Finding the multiple relevancies of our discipline goes far beyond innovating its mechanisms of production or merely nourishing a dazzling visual and formal spectrum. It is through the conscious and sensible problematization of the commission and the implementation of mechanisms of management and execution, adequate to the specificities of a given place that architecture has achieved -in recent times- better results. Conceiving and recognizing public space as dynamic and inclusive, reconsidering existing structures instead of promoting brand new projects, exploring materials in a conscious, intelligent way, reconciling our social and natural environments, inserting critical discourse instead of merely showing off formal bravura in publications (in spite of the non-critical trend of forgoing criticism), giving opportunities to emerging thinkers, diversifying the discipline, and reconsidering housing prototypes as key components of the city, are some of the issues that appear to claim relevance in the reformulation of the architectural product for a contemporary practice. Today, the opportunities for inclusion and open experimentation offered by the multiple realities that condition the architectural project transcend the opposition between local and global as an illness inherited from the last century, pointing instead to hybridized models and risk-taking experiments.

Debates on practice and education should focus on the tumbling relevance of architectural work, both as articulated on paper, with letters and drawings, and as built with more or less permanent materials. While not meant to be used as redemptive devices, the anxieties and impulses that bind architecture to art and speculative thinking should otherwise remain outside of our objections. They assure the development of the discipline hand in hand with the vestiges of a humanist tradition that will continue to be instrumental for the pedagogy and the production of what will be called architecture during the following years of the century that has just begun. ■■■■■